

Carlos Mayoral

YO NO MATÉ A FEDERICO




ESPASA

CARLOS MAYORAL
YO NO MATÉ A FEDERICO



© Carlos Mayoral, 2022
© Editorial Planeta, S. A., 2022
Espasa es un sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 2.895-2022
ISBN: 978-84-670-6364-6

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conflicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/*Printed in Spain*
Impresión: Huertas, S. A.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

LA PAZ

Capítulo 1	15
Capítulo 2	23
Capítulo 3	31
Capítulo 4	43
Capítulo 5	53
Capítulo 6	63
Capítulo 7	71
Capítulo 8	83
Capítulo 9	95
Capítulo 10	105
Capítulo 11	113
Capítulo 12	119
Capítulo 13	127
Capítulo 14	131
Capítulo 15	137

SEGUNDA PARTE

LA GUERRA

Capítulo 16	151
Capítulo 17	161
Capítulo 18	171
Capítulo 19	181
Capítulo 20	191
Capítulo 21	203

Capítulo 22	213
Capítulo 23	221
Capítulo 24	239
Capítulo 25	251
Capítulo 26	261
Capítulo 27	271
Capítulo 28	295

TERCERA PARTE
LA MUERTE

Capítulo 29	311
Capítulo 30	323
<i>Epílogo</i>	331
<i>Enmienda a la verdad</i>	333
<i>Agradecimientos</i>	335

CAPÍTULO 1

Polopos, Granada. Verano de 1915

Enrique Monteverde era por aquel entonces el mayor conocedor de la Granada meridional. Su metro ochenta de músculo bien engrasado y su pasión por la naturaleza alpujarreña le convertían en un personaje conocido a lo largo y ancho de la sierra. Había pastoreado las tierras de Lanjarón en su infancia, recorriéndolas palmo a palmo, abriendo rutas, despejando caminos. Y esto a pesar de su asma crónica, que le obligaba a boquear cuando el horizonte se escarpaba, pero que le había permitido a su vez desarrollar una resistencia notable. Fueron casi veinticinco años de vida durante los cuales su prestigio corrió por la comarca incesantemente: por todas partes se hablaba de un joven que era capaz de llegar a lugares donde ningún otro llegaba con su ganado, al pasto de las cumbres altas de Capileira o a los valles de Trevélez, haciendo de sus patrones los ganaderos que mejor carne comerciaban en la Alpujarra.

Pero la vida cambia gracias a los actos más cotidianos, y una mañana de verbena en Polopos, localidad cercana a la costa y en los límites de su mundo, observó por casualidad a una mujer que nunca había visto antes. Era una maestra diez años mayor que él, rubia, esbelta en su paso firme y largo, de mirada triste y aire ajeno. Es necesario detenerse un instante en esos ojos: el color canela, el aroma añejo, las cejas delicadas. Cuánto expresaba con un solo aleteo de pestañas, dirigiendo la mirada al cielo con un despiste encantador. No sabía Enrique entonces que a esa mujer la vida le había regalado una independencia forjada en las calles de Madrid, tras formarse en la Institución

Libre de Enseñanza y después de no encontrar en su corazón hueco para nadie más que para sus propias ansias educativas. Tras hacerse con la cátedra de Matemáticas, Marianela Torrijos fue destinada a Soria y cinco años más tarde, a Motril. Castellana ella, de Ávila para ser más exactos, se había dejado seducir por los aires costeros andaluces, tan distintos del viento helador de la meseta, y allí dio con sus huesos.

—Mira cómo camina ese, qué *acaballao* —le dijo alguien a Marianela, señalando con el mentón a Enrique.

Sin embargo, Marianela Torrijos no solo no sucumbió a las burlas hacia el joven, sino que sonrió cuando ese al que todos llamaban Monteverde la sacó a bailar un pasodoble. Y aunque no volvió a saber nada de ella hasta un año más tarde, la mirada triste de Enrique debió clavársele en algún lugar profundo. Porque al verano siguiente se encontraron de nuevo casualmente en el puerto de Motril, y su mundo se dio la vuelta. Ella conducía a un grupo de muchachos que identificaban las distintas clases de pescado y marisco, como actividad biológica para la escuela. Él buscaba a un viejo comerciante de carne con el que tenía tratos. Ambos se reconocieron y en esos ojos semicerrados de ella, Enrique encontró una ligera puerta abierta que no dudó en intentar abrir cuando una semana más tarde volvió la verbena de Polopos. Ella sonrió esta vez y cuando Monteverde, el humilde pastor, le pidió a Marianela un paseo por los riscos de Calahonda, ella, por primera vez en su vida, le dijo sí a un hombre.

Cabe preguntarse qué buscaba Marianela Torrijos en aquel humilde pastor trashumante que a priori, bajo los preceptos que habían regido hasta entonces su vida, nada podía ofrecerle a ella. Analfabeto, sin nociones de lectura ni escritura, muy distinto a los cánones de hombre que había tratado en la remota Institución Libre, muy alejado a su vez de la rudeza de las gentes llanas que conoció en Ávila. Es de suponer que aquella mañana, caminando junto a la torre pirata de Calahonda, vio en él algo que no supo identificar, pero que le sirvió para perderle el miedo a las relaciones afectuosas y, de paso, para dejar sin respuesta la pregunta indirecta que encabeza este párrafo. Dos días después volvieron a pasear, esta vez por las laderas de Salobreña. Y un mes más tarde, tras treinta espesos días en los que ambos se desearon tanto como para hacerse eternos, Monteverde volvió a atravesar los valles escarpados de la Alpujarra para satisfacer la única exigencia de aquella mujer a la que sin remedio amaba: si quería pasear, dijo ella, tendría que ser a la vera del mar.

Se besaron esa noche, cuando la luna ya se reflejaba al otro lado del puerto. Y se besaron doce veces más a lo largo del año, una por mes, que era la frecuencia con la que podía volver Enrique a visitar a su ya amada Marianela. Hasta que, por fin, de nuevo en verano, Monteverde abandonó su Alpujarra natal para trasladarse a la costa, afianzada ya la relación. Sintió él dejar atrás su tierra, y más lo sintieron todavía los ganaderos de la zona. Se casaron en soledad. Enrique no tenía familia y Marianela la tenía lejos. Así dio comienzo una vida compartida que, durante años, solo les trajo felicidad.

Era tal su capacidad para orientarse en cualquier parte y de cualquier modo que Enrique no tardó en hacerse con el reparto de pescado de gran parte de la costa granadina, desde El Ejido hasta Almuñécar. Lo contrató un viejo mercader magrebí que vivía en Granada desde tiempos de la batalla de Tetuán, cuando su padre desertó para enrolarse en la Armada española.

A sus capacidades orientativas añadió Marianela otras nociones de lectura y escritura que el señor Monteverde aprendió rápido. Aunque su nuevo trabajo le obligaba a pasar temporadas fuera de casa, lo cierto es que así aplacaba su nostalgia por el rebaño y las praderas alpujarreñas. Marianela se quedó embarazada en el año dieciocho y dio a luz a su único hijo en el diecinueve, tras pasar una gripe, de esas que llamaban «española», poco oportuna. Pese a que fue un embarazo duro, acababa de terminar la Gran Guerra, así que, libres de ajetreos políticos, Marianela y Enrique criaron a su hijo, Germán Monteverde, apartados de casi todo en aquel pequeño rincón de la costa andaluza, sin tener en cuenta nada más que su propia dicha.

Germán había cumplido ya los doce años cuando todo cambió de pronto. Con la llegada de la República, un viejo compañero de su madre, el señor Casares Rodríguez, se presentó en la casa de los Monteverde. Germán recordaría para siempre su figura: hombre enjuto, de anchos hombros, espalda inacabable, dejaba que tanto los ojos como la nariz y la boca se perdieran en el marasmo de arrugas que poblaban su cara. Uno de esos seres humanos asimétricos cuyo lado izquierdo es muy distinto del derecho, en cuyo rostro uno puede ver una sonrisa en su frente mientras contorsiona el rostro de tristeza por el través. El pelo, blanco pero abundante, lo peinaba a raya y el traje que lucía más parecía propio de un dirigente que de un profesor.

—Mari, quiero que formes parte de la Comisión Provincial de Misiones Pedagógicas.

Obviamente, Germán no tenía idea entonces de a qué se refería aquel buen hombre. Solo supo que aquella noche su padre y su madre intercambiaron pareceres de manera acelerada y que un mes más tarde

recogieron sus cosas, pagaron la renta del piso que quedaba por abonar y pusieron rumbo a la ciudad de Granada.

—Mamá, ¿qué harás en esas misiones?

Ella miró con ternura a su hijo.

—Ayudar a los que más lo necesitan.

Con la llegada a Granada, Marianela Torrijos dejó atrás las aulas para enclaustrarse en los despachos. Bueno, quizá el término «despacho» sea demasiado ambicioso. Apenas contaba la Comisión de Misiones Pedagógicas de Granada con un pequeño cuartucho donde reunirse. Y, bien pensado, el verbo «enclaustrar» tampoco parece preciso puesto que las misiones nunca se detenían: visitaban los pueblos y, una vez allí, planeaban conferencias, charlas, coloquios, recitales de poesía... Al marcharse, dejaban detrás de sí una pequeña biblioteca para el pueblo, un gramófono con algunos discos y cosas por el estilo. Marianela hablaba con pasión de aquellas pequeñas bibliotecas que iban poco a poco distribuyendo por la provincia y cuyas lecturas, dirigidas desde Madrid por un tal Luis Cernuda y una tal María Moliner, entretenían y formaban al pueblo de un solo golpe.

Enrique Monteverde era el que sí se marchitaba día tras día. Germán nunca lo vio tan triste. Y no le agobiaba la falta de trabajo, ya había sufrido parones así varias veces y siempre terminaba remontando. El problema estaba en la ciudad: le mataban aquellas pequeñas calles, le asfixiaba la vivienda que habían alquilado al final de la calle Elvira, cerca ya del río Darro y Cuchilleros. Le angustiaban sus aglomeraciones, las dimensiones y los trasiegos, nunca lentos. Por suerte, a finales del año treinta y uno, Marianela le consiguió un trabajo que a Enrique satisfizo bastante: recogería el tabaco de La Vega de Granada para que lo pudiesen tratar en las fábricas de la ciudad y, más tarde, comercializarlo en los distintos estancos de toda la región. No eran las interminables laderas de la Alpujarra ni era la línea infinita de agua que se abría frente a él cuando encaraba el puerto de Motril. Pero recorrer el campo granadino le devolvía una cierta paz interior, con su soledad, con sus noches al raso, su horizonte inacabable.

Dedicó un mes de su vida a aprender los trucos de un viejo camión Hispano-Suiza de 50 CV y pronto se lanzó con él a la Vega dispuesto a cumplir con su reparto. Se ha sugerido palabras atrás que Enrique efectuaba estos encargos él solo. No es cierto, sobre todo en verano solía acompañarle Germán, su único hijo, para hacerle la tarea

más liviana. Lo acompañó tantas veces que aquellas tierras dejaron de tener secretos para el joven. Recordaría siempre la ruta: recogían el tabaco, por este orden, en Fuente Vaqueros, Asquerosa, Láchar, Romilla y, de ahí, a la ladera de Santa Fe y a la villa homónima, donde Enrique cobraba sus honorarios. Si para el muchacho era un trayecto tan familiar, es difícil saber hasta qué punto aquellos parajes serían conocidos por el propio Enrique, cuya orientación además ya han ponderado lo suficiente estos párrafos.

Germán, mientras tanto, era feliz en su nuevo hogar. Le gustaba acompañar a su padre por los campos de la Vega, y disfrutaba sintiendo cómo el olor a jazmín con el que siempre identificaba a su madre ocupaba ahora las calles de la hermosa ciudad de Granada.

En el verano que conoció a Federico, aquel año de 1935, Germán cumplía ya la edad de dieciséis años. Esa tarde Enrique cambió el rumbo habitual: en vez de finiquitar el trayecto en la villa de Santa Fe, donde, como ya se dijo, solía cobrar los honorarios cada día, se dirigió a la Huerta de San Vicente, al sur de la capital, ya a las afueras. El latifundista propietario de las tierras se había cansado de delegar los pagos del reparto en los gerentes y había decidido cerrar la tarea personalmente. Minutos más tarde se hallaban Enrique y Germán, padre e hijo, frente a aquella enorme finca: aquí y allá abundaban los jardines, los árboles frutales, los rosales, los granados. A Germán se le quedó clavada la imagen de una yuca, aunque la especie la reconoció más tarde, de un nogal y hasta de una palmera.

Entraron por una puerta enorme frente a la cual se levantaba una escalera iluminada por una ventana ojival. Allí les recibió el hombre. Federico García era fuerte en su senectud, algo alopécico, aunque bordeaba sus sienes una leve pelusa blanca. No desfruncía el ceño nunca y su torso ancho, más por constitución que por obesidad, se giró para dar paso: adelante. Los dos Monteverde le siguieron hasta el salón. Un segundo, voy a por el dinero. Allí, pasmados, observaban los muebles caros, las fotos, los tapices, las alfombras. Vivían bien, sí. De pronto, una melodía de piano llegó hasta los oídos de Germán. No había escuchado nada similar en su vida: una composición serena, romántica, algo melancólica. Las notas se deslizaban por la casa y al ambiente ya de por sí distinguido se le sumaba aquella sonata maravillosa, dulce.

—¿Te gusta?

Quien preguntaba era el hombre de la casa, el famoso latifundista, el padre del pianista. Asintió Germán. Me encanta, debió expresar con la mirada, porque el anciano no dudó en animarle.

—Es mi hijo Federico. Tiene el piano aquí abajo, en el cuarto de al lado. Acércate a verlo, anda. No te dé vergüenza.

Germán no podía saberlo aún, pero la melodía que sonaba era *Claro de luna*, una pieza para piano escrita por Claude Debussy, magníficamente interpretada por Federico García Lorca. Y es aquí donde verdaderamente arranca la historia.

CAPÍTULO 2

Huerta de San Vicente, Granada. Verano de 1935

Tres morillas me enamoran en Jaén...

Tras haberse atrevido con Debussy, Federico ahora probaba con aquella canción popular sobre las morillas jienenses. Su mente tarareaba en silencio la letra, mientras sus dedos se deslizaban por el teclado con delicadeza de pianista experimentado. Recurría ahora a una de las melodías que tantas veces tocaba con su madre. Corría plumizo el verano, lento y espeso en la tranquilidad de la Vega. Un azulejo había empezado a desconcharse. Maldito sea este material moderno, con lo bien que soportaba el paso de los años el adobe viejo, se decía Federico mientras continuaba, de manera automática, acariciando las teclas.

¿Quiénes sois, señoras... de mi vida robadoras?

La canción despertaba en él aquel viejo recuerdo, su madre susurrando los compases al oído del pequeño Federico, sus hermanos a la vera, el rumor del campo al otro lado del ventanal. Estaba viendo poco a su madre en los últimos años, tanto viaje tendría que tener algo malo. La recordaba con esa melodía, susurrando por culpa de la frágil salud. El calor del verano se había acentuado en los últimos días, ascenso de temperatura que, unido al aroma inimitable de julio, solía convertir la Huerta de San Vicente en una vuelta a la infancia, olvidando allí el cansancio provocado por los viajes, los estrenos, los recitales.

Pero entonces alguien interrumpió sus evocaciones y, de paso, también las notas al golpear la vieja cómoda con el pie. Había mantenido los ojos cerrados, preso de la evocación infantil. Maldito ruido. Federico abrió los ojos, el mundo se veía ahora demasiado claro, casi blanco. Enfocó la inscripción en la madera del piano: «75, rue Saint-Louis. Paris». Después, identificó el origen del ruido.

El intruso era un muchacho al que no conocía. Comprendió, por su rostro avergonzado, que llevaba tiempo escuchando en el umbral y que solo por un movimiento torpe había delatado su presencia. Federico sonrió.

—¿Te gusta el piano?

Asintió el muchacho.

—¿Sabes tocarlo?

Negó con la cabeza ahora.

Se incorporó cerrando la tapa del instrumento. Las moscas salían de su letargo entonces, se posaban aquí y allá. Lorca cruzó la estancia hasta colocarse frente a él. Aguzó el oído, su padre charlaba con algún desconocido, probablemente el tutor del niño, en el salón.

—Dime, ¿quién eres? ¿Eres de Granada?

De nuevo asintió el muchacho. Federico se acercó hasta el mueble y allí acarició uno de los licores, el tacto rugoso de la botella. Anís. La apartó para recoger del fondo una botella de vino de pitarra. Sirvió un vaso chato. De pronto recordó que se había remangado la camisa, rigores de un calor insoportable. Él, siempre tan pulcro, dando una imagen tan descuidada. Buscó la manera de devolver las mangas a su estado normal, estiradas, el puño bien amarrado a la muñeca, pero no la encontró.

—Bueno, joven, ¿me vas a decir tu nombre?

—Germán. Me llamo Germán Monteverde.

Federico asintió sin dejar de probar el tinto. Algo avinagrado este año, se dijo.

—Yo me llamo Federico —incrustó el corcho de nuevo en la abertura—. ¿El que habla en el salón es tu padre? Perdona que lo pregunte, llevo mucho tiempo fuera, ya no reconozco ni a mis propios paisanos.

—Mi padre y yo hacemos el reparto de tabaco de estas tierras en los almacenes de Granada. Ahora es el señor Federico quien nos paga.
—Con un movimiento de cuello señaló la entrada de la casa.

Lorca sujetaba con los dedos índice y corazón un pitillo recién estrenado, mientras con los tres dedos restantes agarraba el vaso de vino. No lo había encendido aún.

—Entiendo. ¿Y venís cada día?

—Cada semana, señor.

—Eh... No me llames señor. —Federico meneó el vaso ligeramente, con movimientos lentos de muñeca, pero no bebió—. Llámame Federico.

Tras mojar, ahora sí, sus labios con el vino, observó con más interés al joven.

—¿Quieres sentarte?

Asintió con impaciencia Germán. Se sentó con torpeza y no pudo evitar abrir la boca fascinado cuando, levantando la tapa, se encontró con las teclas a escasos centímetros. Las acarició con ternura, como si mimase el instrumento. Después colocó sus manos como minutos antes había visto hacer al poeta y Lorca se asombró al comprobar que lo hacía con sorprendente habilidad, como si conociese la técnica. Alguien llamó a Germán desde la puerta. La visita había terminado.

—Y dime, amigo, ¿volverás la semana que viene? —Federico volvió a beber, aunque seguía sin encender el pitillo.

El muchacho, que ya tomaba el camino de salida, respondió ofreciendo ya la espalda.

—¡Eso espero!